

¿Un triunfo o un naufragio?

Jean KOECHLIN

biblicom.org

Cada nuevo año nos acerca más al gran plazo: el regreso del Señor Jesús para arrebatarnos a su Iglesia. Un evento que todo nos lleva a creer que es inminente.

Algunos han imaginado que tendría lugar en medio de un gran avivamiento. Sería hermoso, sin duda, la partida triunfal de una Iglesia cuyos afectos habrían sido previamente despertados bajo la poderosa acción del Espíritu Santo. Este, antes de dejar la tierra con los creyentes, coronaría entonces su ministerio. Las últimas almas se añadirían en gran número, especialmente las que han sido objeto de tantas oraciones. ¡Cuántas más restauraciones nos gustaría ver! Para la propia Esposa, uno puede preguntarse si una explosión de fervor no sería una respuesta justa al amor de Aquel que viene a buscarla. Y la inmensa alegría de la salida, tantas veces anticipada, respondería plenamente a la del Esposo. ¡Qué momento, de hecho, que sería de un interés prodigioso para todo el cielo –y aún más para la Iglesia directamente afectada! Porque será una muestra del poder divino que, en algunos aspectos, nunca ha tenido un equivalente desde la creación: la resurrección de todos los creyentes muertos desde Abel, y el cambio de todos los creyentes vivos, sellados con el Espíritu Santo, en toda la tierra. ¿Es posible pensar que aquellos que hoy en día son íntimos de los secretos divinos no tendrían entonces la percepción inmediata de ellos con la alegría que la acompaña? ¿Podría ser que fueran arrancados de sus ocupaciones, de su sueño... de sus distracciones?

Una cosa es segura: no habrá un segundo grito de medianoche. Nuestro tiempo es el tiempo de la fe, y entendemos que debe permanecer así hasta el final. Una gran nube de testigos nos ha precedido, creyendo sin ver. Llamados como ellos para ilustrar este tiempo de la fe, no traicionemos nuestra vocación buscando signos e interpretaciones. Más bien, esforcémonos por cumplir el mandato del Señor: «Velad, pues, porque no sabéis cuándo volverá el dueño de la casa» (Marcos 13:35).

Si la Palabra nos diera el más mínimo indicio de que un nuevo despertar está por venir, ¿qué pasaría? Esperaríamos ese despertar y no al Señor. El día y la hora, por lo tanto, siguen siendo el secreto de Dios. No hay señales para la Iglesia, ni para los que nos han precedido y que, según la Escritura, «en la fe murieron» (Hebr. 11:13, 39-40). Solo en el cielo, en las bodas del Cordero y en la presentación de la Iglesia al universo, pondrá de manifiesto el resultado completo de la obra de Cristo, todo para su gloria.

También sabemos por la Palabra y por la experiencia que la historia de la Iglesia responsable en la tierra no debe terminar en un triunfo, sino más bien en un fracaso. Laodicea cierra el cuadro de las iglesias de las que el Señor hace una breve

apreciación final en los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis. Encontramos allí la confirmación de que todo lo que se ha confiado al hombre desde Adán nunca ha dejado de deteriorarse [...].

Más bien, quisiéramos animarnos por el sentimiento de la inmensa gracia de la que somos objeto y que se nos asegura hasta el final de este tiempo, que es precisamente el tiempo de la gracia. Animarnos también por la convicción de que puede ocurrir en el último momento, a través de la poderosa acción del Espíritu Santo, una repentina y colectiva conciencia de nuestro arrebató en la nube, para encontrarnos con el Señor en el aire.

Entonces lo veremos. El tiempo del guiño de un ojo habrá sido suficiente para que, reconociéndolo, nos transformemos en cuerpos gloriosos, similares al de Cristo. ¿No sugiere esto que un tiempo muy corto será también suficiente para que el Espíritu lleve a todos los santos al unísono, llenándolos de repente de una felicidad indescriptible? Por lo tanto, hermanos y hermanas, vivamos en la perspectiva de ese momento, con todas las consecuencias prácticas implicadas en nuestras vidas personales, familiares y de iglesia.

*Alcemos los ojos hacia Jesús:
Pronto este glorioso Salvador
Bajará otra vez de las alturas del cielo
En esta bendita expectativa,
Que nuestras almas estén atentas:
Estemos preparados, retengámonos de dormir.
Cristianos, el Salvador esta para venir.*

(Himnos y Cánticos N° 100 en francés)

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 2002